

Trata también de los problemas —tan batallones en todo el pensamiento contemporáneo— de las relaciones entre Sociología y Psicología, y entre Sociología e Historia. Respecto del primer problema sostiene la diferencia entre Sociología y Psicología, si bien ésta brinde a aquélla importantes instrumentos auxiliares. Y con referencia al problema de la Historia dice que “la Sociología acepta meramente la historicidad de la realidad social como punto de partida de sus investigaciones, pero consciente de que esa historicidad de la realidad social no es sino un aspecto del problema fundamental de la historicidad radical del hombre mismo. Las puertas se abren, pues, de par en par al problema filosófico. Es la Filosofía que acepta esa historicidad radical del hombre la que ha de dar los supuestos conceptuales necesarios para la inserción fundamental de las investigaciones sociológicas en una interpretación coherentes del mundo y de la vida”.

Figura un apéndice sobre la Psicología social que representa una tarea sugestiva, tarea abierta hacia el futuro.

Dr. Luis RECASENS SICHES.

ALFREDO POVIÑA. — “La Sociología como ciencia de la realidad”.—Determinación de su concepto en Freyer. Córdoba (R. A.) 1938.

EL profesor Poviña que ha ganado en poco tiempo un lugar sobresaliente entre los cultivadores en lengua española de la investigación sociológica y que tiene ya en su haber una lista no pequeña de publicaciones, (1) nos ha ofrecido recientemente un cuidadoso trabajo sobre Hans Freyer. Se trata, para decirlo brevemente, de un libro veraz sobre un libro bello. Y ya se verá por qué se emplea esa categoría estética. El señor Poviña nos da una exposición construida, ajustada y precisa sobre el pensamiento del profesor tudesco. Lo sitúa con exactitud en la corriente compleja de la sociología alemana contemporánea y lo desarrolla articuladamente con toda fidelidad. El profesor argentino ha prestado así un inestimable servicio a un amplio público, notoriamente más interesado cada día por los resultados y figuras de la ciencia sociológica. Pues

(1) Entre las últimas están: Estructura sociológica de los partidos políticos, 1937. Sociología de la Revolución, 1938. Una nueva lógica de la Sociología 1939; Nota sobre Levy-Bruhl, 139.

no cabe duda, que puede reposar confiadamente en la exposición ofrecida, quien por cualquier causa no pueda manejar el original.

Si la exposición es excelente, puede quizá aparecer un poco tímida la parte crítica, no obstante las acertadas insinuaciones que en ella se encuentran. Desde luego es esto muy comprensible dada la índole del trabajo y la ocasión académica para que fué redactado. No está, empero, fuera de lo posible que el profesor Poviña estuviera, más o menos, bajo el influjo seductor de un libro que posee evidentemente ese carácter y que experimentó en su día quien esto escribe. Sin ánimo de desencantar a nadie, ni menos, naturalmente, al señor Poviña, aprovecho, sin embargo, la ocasión que su excelente libro depara, para sondear un poco en la confesión ya escapada y para delinear una crítica algo más severa que la de mi ilustre comentado sobre la obra y significación de Hans Freyer. Crítica que por más de una razón reputo necesaria.

Se impone, ante todo, comenzar con un ensayo de explicación del éxito de Freyer y de su sugestiva atracción, especialmente, para algunos círculos culturales de lengua española. Tanto en mi "Situación presente de la Filosofía jurídica" (1935), como en otra obra redactada por aquella fecha, y que perdida casi totalmente en medio de la tragedia española del siguiente año, se publica ahora la única parte salvada, puede rastrearse sin dificultad la huella de Freyer. Declaración que hago no por descargo de conciencia ante lo que me propongo decir, que sería presuntuoso y, al par, inútil, tratándose de la buena fe siempre supuesta en la actitud científica, sino por unir al análisis objetivo de la atracción freyeriana mi propia experiencia personal. Apoyado en esta vivencia son dos, para mí, las razones de ese influjo. La primera, completamente formal, está en la brillantez de su estilo, y la impresión estética que produce. Acostumbrados a encontrar en la literatura científica alemana estilos zarrapastrosos, inútilmente difíciles o francamente repelentes, una forma correcta, cuando no literariamente lograda, no puede menos de ganar por secreta vía la adhesión del lector. Claro, que esto no añade nada al contenido de la obra cuando éste es en sí valioso (caso de un Spranger o un Hartmann, entre otros, por ejemplo). Pero sí, cuando en el caso de Freyer el contenido es deleznable, y no resiste a un análisis en frío ulterior, ya pasado el deslumbramiento.

La segunda razón, está en el parentesco que el lector encuentra en "Soziologie als *Wirklichkeit* wissenschaft", con una filosofía si no predominante muy difundida, al menos, en el ambiente espiritual del mundo hispánico. Seguidores, empapados o simplemente conocedores de la llamada filosofía existencial, pueden obtener de sus reflejos en Freyer, y a primera vista, un fundamento de au-

toridad para su posición dentro de la Sociología (dicho sea entre paréntesis ya es hora de pedir un poco de orden en esto de la filosofía existencial y una delimitación de las muy distintas tendencias que encierra. De que deje de actuar por modo mágico la obra heideggeriana —para el sociólogo algo así como el “Voyage au bout de la nuit” de la crisis alemana—. Y sobre todo, de que se maneje con el rigor que merece la categoría de “la vida” en peligro de convertirse en un moderno “flogistón” de las ciencias sociales).

Pues bien, aparte de su valor formal, el libro de Freyer contiene, sin duda alguna, dos aciertos. Uno, el haber expuesto claramente cual es la naturaleza de los hechos objeto de la Sociología. Lo que tiene validez para todas las tradiciones y escuelas nacionales que desembocan en el estado actual de aquella ciencia. Y otro —pero con validez nada más dentro de la tradición científica alemana— que es la calificación de la Sociología como “ciencia de la realidad”. Mas en ambos casos no es Freyer plenamente original. Sin salir de la literatura alemana y con respecto al primer punto, ya no es hoy sorpresa para nadie el tropezar con ciertas breves líneas de Dilthey que encierran todo lo que posteriormente no hace Freyer sino desarrollar con brillantez innegable. Y por lo que respecta al segundo punto, el de la ciencia social como ciencia real, se encuentra, por lo menos y repetidamente en Max Weber en fórmulas notables por su rigor y precisión. (2).

Ahora bien, reconocidos los dos aciertos que señalo —pues, en realidad, en absoluto disminuye el valor de un libro el que no sea rigurosamente original— en nada contrapesan los desaciertos. Fatales especialmente para el que no tenga una idea hecha de lo que debe ser y es la Sociología como ciencia o que pretende serlo. En este sentido el libro de Freyer supone un marcado retroceso frente a los mejores resultados de la sociología alemana, por no hablar de otros países. Con la brevedad que corresponde a esta nota, señalaré los que para mí son decididamente no sólo puntos equivocados sino científicamente perniciosos.

(2) No puedo menos de transcribir la siguiente: “Die Sozialwissenschaft, die wir treiben, ist eine **Wirklichkeitwissenschaft**. Wir wollen die uns umgebende Wirklichkeit des Lebens, in welches wir hineingestellt sind, **in inhe Eigenart** verstehen—den Zusammenhang und die Kulturbedeutung ihrer einzelnen Erscheinungen in ihrer heutigen Gestaltung einerseits, die Gründe ihrer geschichtlichen So-und-nich-anders-Gewordenseins andererseits”—Gesammelte Aufsatze zur Wissenschaftslehre, p. 170—subrayado de Weber—“La ciencia social que queremos promover es una **ciencia de la realidad**. Pretendemos comprender la realidad de la vida que nos rodea y en la cual estamos inmersos, **en su peculiaridad**; por un lado la conexión y significación cultural de sus fenómenos singulares en su actual conformación; por otro, el fundamento de su precipitación histórica en cuanto son así y no de otra manera”.

a).—*Contribución a la imprecisión de límites entre Sociología y Filosofía.* Aunque se afirma que la sociología es una ciencia —y de realidad, según se añade en forma tantológica— domina tal impresión en el libro de Freyer en el tránsito de la tarea filosófica a la labor científica, que no puede menos de producir confusión en un punto que requiere máxima claridad. En principio nadie discute que Filosofía y Ciencia constituyen dos actitudes legítimas en el modo de enfrentarse con la realidad, pero nunca deben ser mezcladas y confundidas. Este esfuerzo por deslindar los términos, innecesario hoy en otras ciencias, debe mantenerse despierto con respecto a la Sociología, por ser ciencia que no acaba de encontrarse plenamente constituída. Se olvida con frecuencia que la Sociología no es, ni pretende ser, más que una ciencia que, como todas las demás, construye su teoría por la experiencia de ciertos hechos, o sea de un modo empírico inductivo y analítico (cualquiera que sea la forma que en ella tomen la inducción y el análisis) y sujetando sus conceptos, hipótesis y generalizaciones a la confirmación de la prueba. La filosofía por consiguiente, no guarda con ella relación distinta que la que tiene con las otras ciencias. La discusión metodológica, desde luego, tarea filosófica; y a la Filosofía corresponde también el análisis de determinados supuestos que la Sociología como ciencia no discute, ni puede, ni tiene por qué discutir. Y siempre, naturalmente, que interese poner en claro tales supuestos; lo mismo ocurre, repito, con el resto de las ciencias. Pero la construcción de la Sociología como tal, es decir, la teoría sociológica con sus categorías y generalizaciones es cosa que incumbe a la actitud y a la disciplina científica. La conciencia siempre despierta de que la Sociología es, o pretende ser, una teoría de carácter científico, es lo único que puede lograr mantenerla a salvo de dos extremos erróneos que no dejan de acecharla continuamente: la tendencia especulativa, por un lado, y por otro, un empirismo de bajo vuelo abandonado a un afanoso acopio de materiales, tan carente de dirección y propósito, como de resultados de algún valor. Desde Comte acá esto ha sido dicho constantemente —como programa al menos— por los auténticos sociólogos de todos los países, y no habría que repetirlo de nuevo si no fuera por la ocurrencia de reiteradas desviaciones. Por otra parte, no huelga su reafirmación en los días que corren, porque habiendo en ellos la filosofía existencial subrayado con acierto la textura social de la vida humana y debiéndosele, en consecuencia, algunos análisis excelentes de ese hecho (coincidentes o análogos, por otra parte, con los llevados a cabo por otras direcciones filosóficas o psicológicas), se ha producido en más de uno la referida confusión de dominios. No es de extrañar pues, que circule por ahí la tesis —que por lo dicho, en modo alguno comparto— de que la Sociología ha de aguardar a una construcción de una ontología de lo social. ¡Buenas estarían la física o la química si tal hubieran hecho!

Pero ironías aparte, la aludida situación de la filosofía existencial es, cabalmente, claro ejemplo de la recíproca relación fecundante entre filosofía y ciencia. Pues si los resultados de la Sociología y otras ciencias sociales han sido, y deben ser, utilizadas por el pensamiento filosófico, a su vez, la Sociología puede ayudarse en la construcción de sus hipótesis y categorías de las inspiraciones que aportan los análisis de la filosofía. Pero nada más, pues los propósitos y los métodos son muy distintos.

b).—*La confusión entre teoría del conocimiento y metodología.*—Podría objetarse a lo dicho anteriormente que en definitiva el libro de Freyer es filosofía, pues se presenta con la pretensión de formular una nueva metodología. Pero en este caso cabría señalar, precisamente, un error de carácter filosófico. Que en esencia puede expresarse brevemente de esta manera: Freyer sostiene —con razón— que el objeto de la Sociología es de naturaleza existencial, ya que es la vida humana misma en una de sus formas; pero de ahí deduce que la Sociología es una *Ciencia existencial* ¿pero qué es esto de una ciencia existencial? Semejante afirmación carece simplemente de sentido. Reconocida la naturaleza del dato social y hasta concedido —lo cual no deja de ser muy discutible— que ello implique un modo de conocimiento especial, por encontrarse el sujeto confundido “existencialmente” con el objeto, en nada autorizan ambas cosas para afirmar que la construcción científica de esos datos ha de ser impregnada, por decirlo así, de su carácter existencial. El error se produce por un tránsito directo de la teoría del conocimiento de la metodología, que en ciencia social es imperdonable se cometa después de Max Weber. No hace mucho Znaniecki ha demostrado con tanta sencillez como claridad que el “Coeficiente humanista” implícito en el dato social (una manera más breve de decir lo mismo que Freyer y los existencialistas) para nada afecta a los caracteres generales de lo que es la construcción científica, o sea, que la ciencia es una por esos caracteres, sin que por eso se incurra en las exageraciones fisicalistas. Corolario del error amputado es la:

c).—*Asimilación del conocimiento a la voluntad (saber y querer).*—Las consecuencias de esta asimilación son tan obvias —y a ellas alude acertadamente el señor Poviña— que no es necesario insistir sobre este punto. El proceso, empero, es el mismo que en el caso anterior. Las formas sociales, es evidente, están mantenidas por la voluntad humana. Son producto, en efecto de nuestra conducta. Pero con ello nada se ha dicho sobre la participación en esa conducta del querer, del impulso y su relación, especialmente, con el conocimiento. Freyer no nos ofrece análisis alguno de la acción social, y por tanto nada nos prueba sobre el papel decisivo que pudiera tener el querer en el momento de la decisión, de

modo que arrastre e ilumine al propio conocimiento. “*Sólo quien quiere sociológicamente algo, ve algo sociológicamente*”, no deja de ser más que una frase, o un puro *bla, bla, bla* que diría Stuart Chase. Pero dándolo todo por bueno, en nada afectaría a la naturaleza de una ciencia el que ésta tuviera por objeto esos raros fenómenos de voluntad cognoscitiva. El problema, sin embargo, es otro y mucho más grave, y para enjuiciarlo acudo a las palabras de alguien que ha analizado la conducta humana con todo rigor “La glorificación de la voluntad separada del pensamiento se convierte, bien en una invitación a la acción ciega al servicio de los propósitos de aquellos que quien sus actos por planes de corto radio, ya en una fe romántica y sentimental en las armonías de la naturaleza, que conduce directamente al desastre”. (Dewey. *Human Nature and Conduct*, p. 259 “The modern library”).

d).—*Vaguedad en la determinación de la problemática y en la constitución conceptual.*—Sólo dos afirmaciones claras pueden encontrarse a este respecto en el libro de Freyer: que la Sociología es fundamentalmente ciencia del presente y que sus categorías son categorías históricas. Pero el problema que encierra la primera no puede resolverse, en realidad, sin una solución adecuada de la segunda. Y con ambas tocamos aquí, en el terreno ya de la ciencia sociológica, las consecuencias de la confusión antes señalada. Analizar debidamente este punto exigiría un espacio de que ahora no dispongo; lo que sigue aparecerá quizá, por eso, demasiado esquemático. Primero, el que el objeto de la Sociología sea de naturaleza histórica no presta por sí sentido inequívoco a la calificación de históricas dada a las categorías que se emplean en su aprehensión, ni menos exime del deber de una explicación detenida de cómo es posible la elaboración de esas supuestas categorías. Esa calificación no hace sino plantear un problema, cuya sola aceptación disuelve la pretensión de toda ciencia de alcanzar conocimientos objetivos.

Segundo, el estímulo que provoca el nacimiento de una ciencia jamás se confunde con su construcción teórica. Si la comprensión y resolución de los problemas del presente interesan en primera línea a la Sociología, su contenido teórico, y el modo de llegar a él, pertenecen a un plano completamente distinto al de ese interés. Por otra parte, la posibilidad de un conocimiento científico de una circunstancia concreta del presente, presupone estar ya en posesión de una teoría de un saber abstracto de la realidad social, o sea, de un cuadro más o menos amplio, de conceptos, principios o hipótesis generales. El innegable carácter concreto de la Sociología, es, precisamente, el punto más difícil de su metodología y no está aún satisfactoriamente resuelto. Decir, por eso, que la Sociología

es ciencia del presente, aparte de ser una expresión inexacta, equivale simplemente a indicar la cuestión más espinosa de aquella ciencia en el momento actual.

e).—*Fragilidad de su contenido.*—Se ha insistido hasta aquí en la parte metodológica, no sólo porque ésta aparenta ser la central del libro de Freyer, sino porque el contenido de la parte sistemática que le sigue es tan frágil que no ha escapado a nadie, ni en ningún momento. Categorías acuñadas por otros autores, se engarzan en Freyer de una manera algodonosa, sin nervio y meramente literaria. La riqueza de matices que las categorías “comunidad” y “sociedad” tienen en su primer formulador. F. Töennies y el rigor que luego alcanza en el sistema de Max Weber, se esfuman unos y otros en la aplicación Freyeriana. Cosa análoga sucede con los conceptos de estamento y clase. Y esto, naturalmente, prescindiendo de toda crítica de las referidas categorías y de su valor sistemático; lo que puede hacerse se ha hecho con muy fundadas razones. Freyer se limita a historificarlas —con una interpretación de Töennies que no avalan, sea dicho de paso, manifestaciones explícitas de ese autor— y a cubrir con ellas supuestas fases de la evolución social. Si la enfermedad mortal de la sociología ha estado siempre en sus generalizaciones precipitadas, éstas que ofrece Freyer, sin dar el más pequeño dato que permita comprobarlas, pone de relieve, mucho más que otras anteriores, tanto lo infundado como lo peligroso de semejante procedimiento. Pues evidentemente hay en otras generalizaciones que hoy se rechazan, un esfuerzo mucho mayor por darles un contenido de hechos que si no las fundamenta sirven, al menos, de ilustración ejemplar. Semejante trabajo no lo ha creído Freyer necesario. De aquí el retroceso que su obra supone, y no sólo frente a los grandes sociólogos de fines del XIX, sino respecto de los propios fundadores de la sociología con todos sus defectos y fallas. Esto es tanto más lamentable cuanto que la Sociología está expuesta continuamente, si no acentúa el rigor de sus métodos y las exigencias de contenido, al asalto de toda suerte de simuladores, tanto científicos como políticos.

La explicación de todo, es que el libro de Freyer es una obra política. Y por eso quiero adelantarme a la maliciosa réplica posible de que esto sea la causa de la crítica que antecede. No, las consecuencias políticas no afectarían para nada a la construcción teórica si ésta en sí fuera admisible; es más, serían en este caso un argumento de convicción. Pero desgraciadamente, el “ábrete sésamo” de la tríada dialéctica —conflictos de clase-estado-pueblo (estado totalitario); o si se quiere Max-Stain-Riehl— no puede convencer, en esta ni en otra de sus formas, a ninguna conciencia científica.